IV

La carrera de Vibert y su compañero no fué turbada por ningún incidente. Langlade iba todavia bajo los efectos de la chispa que había tomado : Vibert le observaba con la mano en la culata de la pistola, dispuesto á hacer fuego á la menor tentativa de evasión. A algunos pasos de la prefectura, Vibert ordenó al cochero que se detuviera, como Langlade se apresurase á descender :

—Una palabra, te lo ruego, —le dijo cogiéndolo del brazo.

—¡ Aún ! contestó el presidiario.

— Se trata sencillamente de entendernos.

—¡ Bueno ! — dijo Langlade con aire resignado y quedándose en el rincón.

—Ignoro, — dijo Vibert, — qué opinión tienes de los agentes en general; es probable que no sea muy excelente, y se comprende; pero yo tengo mi pequeño amor propio personal, y deseo que pienses de mí lo menos mal posible. Has deseado ver á *Soleil-Couchant*, te he prometido que la verías, sostendré mi palabra desde luego, porque no tengo ningún interés en negártela, y además, porque un agente de policía que se respeta y respeta su profesión, no

debe engañar á ningún malhechor. Sabe que en poniendo los pies en la prefectura no eres más que un presidiario, un ser peligroso en lucha abierta la sociedad y contra el cual hay que tomar muchas précauciones. No puedes contar conmigo; mi influencia cesa de puertas á dentro. Hace un momento eras para mí un comensal, un conpañero y me contabas tus pesares íntimos; ahora soy un empleado simple de la prefectura. Te he arrestado, te llevo á tu destino y en seguida me dedico á mis otros asuntos.

— No me dejarás sin haberme hecho ver á *Soleil-Couchant*,— dijo Langlade que siempre proseguía con la idea fija y que por ello no había apenas prestado atención á lo dicho por Vibert.

—Desde luego, — replicó éste; — pero antes de despedirnos, haz el favor de dejarme las dos manos.

—¿ Para qué ?

—Para ponerte las esposas.

—Pero yo no haré daño á nadie, — dijo el presidiario con voz más dulce que un niño, — es á *Soleil-Couchant* á quien quiero ver.

—Amigo mío, — replicó Vibert, — hace cuatro horas que estamos juntos, y creo haberte probado suficientemente que no tengo miedo de ti; pero á partir de este momento no estaremos solos, vamos á subir las escaleras, atravesar los corredores y entrar en las oficinas donde encontrarás muchas personas que te conocen de vista ó por tu reputación y á quienes inspiras temores muy exagerados. Es, pues, en interés de su reposo por lo que te propongo esta pequeña medida de precaución. Sé condescendiente y déjatelas poner.

—Si tengo las esposas, — hizo observar con voz dulce el presidiario, — no podré matar á *Soleil-Couchant.*

—Desde luego, dijo Vibert, — las esposas no impiden levantar los brazos y dejarlos caer sobre la cabeza de alguien. Con la fuerza que tienes, un movimiento de este género te bastaría para desembarazarte de varias mujeres. Además, como la vida de *Soleil-Couchant,* te tengo ya dicho, me es completamente indiferente, yo me encargo de que se te quiten las esposas cuando estés en su presencia.

— Entonces terminemos; estoy dispuesto, — dijo Langlade tendiendo los brazos á Vibert.

Vibert aprovechó este permiso y dirigiéndose al cochero, le dijo :

— Toma la calle de Jerusalén, entra en la prefectura y deténte delante de la escalera principal.

Cinco minutos después que Vibert se hizo anunciar, penetraba con su captura en el despacho del jefe de seguridad.

Avanzó hacia la mesa y dijo :

—Os he hecho una promesa y vengo á cumplirla.

—¿Qué? — preguntó el jefe de seguridad.

— Langlade... helo aqui.

—¿ Y sois vos quien lo ha detenido?

— Yo solo, ¿ no me lo habíais encargado?

—Está bien; nos habéis prestado un gran servicio. Ahora veré al señor prefecto y prometo hablarle de vos.

—Como gustéis, señor, — dijo Vibert; — pero me niego á toda clase de gratificación por esta campaña que me tiene interesado vivamente y que me

ha distraído de las otras ocupaciones. Tengo solamente que pediros un favor.

— Concedido de antemano.

El jefe de seguridad se levanté y fué á hablar con Vibert al hueco de una ventana.

— Comprendido, — dijo al poco rato de conversación. — Soy de vuestro parecer; además, que es necesario siempre cumplir las promesas hechas á esta gente. Voy á hacer conducir á Langlade por algunas horas á una de las celdas de la Conserjería y dar las órdenes con respecto á su querida.

— Desearía, — dijo Vibert, — hablar algunos instantes con esa mujer, antes de que se la ponga en presencia de Langlade; tengo un punto importante que esclarecer á propósito de otro negocio y ella puede darme algunas noticias útiles.

— Basta; no tenéis que hacer más que ir al depósito; he aqui un volante para el jefe de los vigilantes.

Vibert saludó y se retiró, mientras que los agentes llamados por el jefe de seguridad, conducían á Langlade á la Conserjería. Este hombre tan enérgico, brutal y terrible, seguía tranquilamente á los que se apoderaron de él. No tenía más que una preocupación: volver á ver á *Soleil-Couchant* lo antes posible; toda resistencia hubiera retardado el momento que tan ardientemente deseaba.

La noticia de su arresto fué rápidamente extentida por los despachos de seguridad; todos los que se hallaban en la prefectura acudieron á su encuentro para verle pasar; él los miraba de un modo indiferente y tranquilo. ¿ Qué le importaban aquellas

gentes? ¡Reservaba toda la cólera para la que le había engañado y denunciado!

Estefanía Cornu, apodada *Soleil-Couchant*, era una verdadera meretriz; tenía todas las bellezas y encantos de ésta, así como algunas imperfecciones. Era una hermosa muchacha, admirablemente formada, de anchas espaldas y delgada cintura. El pecho pronunciado y de forma correcta; manos y pies grandes, pero bien modelados. Tenía en la fisonomía algo de extraño, tierno, frío, lascivo, apasionado y cruel; sus labios muy delgados y algo pálidos cubrían unos dientes de sin par blancura. Sus cabellos eran rojos enteramente. El sobrenombre de *Soleil-Couehant* dado á Estefanía Cornu, estaba perfectamente justificado. Su hermosa cabellera, de un metro, tendida sobre la espalda, tenía los reflejos del sol cuando se pone después de un caluroso día de verano.

V

En el momento en que Vibert entró, *Soleil-Couchant* estaba sentada sobre la cama y jugaba como una niña, con los cabellos, completamente sueltos y tendidos sobre el pecho. Otro cualquiera que nuestro agente de policía, hnbiese admirado el cuadro; pero Vibert reservaba sus admiraciones para otras cosas. Cerró la puerta tras de sí mientras que Estefanía Cornu, bruscamente sorprendida, echaba los cabellos atrás y trataba de recogerlos.

— De modo que, hija mía, — dijo Vibert, con tono paternal y sin otro preámbulo. — ¿te ves presa de nuevo?

— Dios mío, sí, — replicó *Soleil-Couchant*, que familiarizada con las costumbres de las prisiones no se asombró ni de la brusca entrada de Vibert ni de las maneras de éste.

— Acabarás por hacerte enviar á alguna casa central — repuso el agente de policía.

—¡Que me envíen! — replicó la joven, — lo mismo me da.

—¡Cómo! — exclamó Vibert, — ¿acabas de pasar un año en Saint-Lazare, y la prisión no te espanta?

—¡ La prisión para mí es el paraíso! ¡ La libertad es el infierno! — replicó *Soleil-Couchant* con tono un poco enfático.

Continuaron la conversación, llevándola Vibert al terreno de las confidencias. *Soleil-Couchant* le contó las penas y sufrimientos que durante cinco años había pasado con Langlade, y le confesó que le odiaba. El agente contó lo que nuestros lectores saben acerca de la detención del coloso, lo cual lo corroboró ante Estefanía, con la presentación de la pistola, que aquélla reconoció.

Luego, abordando Vibert la cuestión de frente, dijo á *Soleil-Couchant*, que escuchaba con la mayor atención:

—Un joven ha sido asesinado este invierno en la calle de la Paz, cerca de la altura de una casa de la calle de *Neuve-Saint-Augustin*, que habitabais entonces con Langlade. ¿Qué detalles podéis darme de este asesinato, todavía impune?

—Pero... ¿cómo se entiende?...

—¿El que yo me dirija á ti para los detalles? Nada más sencillo. Esta mañana, Langlade, en un momento de embriaguez y exaltación me ha confesado su crimen.

—¿Entonces?... — dijo *Soleil-Couchant*.

—Esto no basta, — repuso Vibert. — A la justicia le son necesarias más pruebas, más detalles; yo vengo á pedirlos.

—Interrogadme; os contestaré.

—¿Cuánto tiempo hacía que conocíais á la persona asesinada por Langlade?

—Dos días.

—¿Dónde la habíais encontrado?

—En el boulevard, á la altura de la calle Vivienne, á las tres de la tarde.

—¿Venía de la Bolsa, sin duda?

—Así lo creo.

—¿Y lo apercibisteis en seguida?

—No; pero luego que le vi, me fijé en él; lo encontré guapo; ¿qué queréis? Salía sola tan raramente y estaba de continuo encerrada con Langlade, que todos los hombres me parecían buenos, los pequeños, sobre todo.

—¿La persona de quien hablamos era, pues, de poca estatura?

—Mediana.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Ensayé el modo de llamar su atención.

—¿De qué modo?

—Volviendo la cabeza frecuentemente, deteniéndome en todos los escaparates, levantando algo la falda para enseñar el pie, en fin, usando de las mil coqueterías de que disponemos las mujeres.

—¿Y esas coqueterías produjeron su efecto?

—Sí; al cabo de un instante el desconocido me seguía; entonces dejé el boulevard y tomé la calle Choiseul y llegué á mi casa. Él avanzó, me saludó muy políticamente y me dijo que era muy bonita. Traté de enrojecer y contesté la frase consagrada á estos casos: *Pero, señor, ¿por quién me tomáis?* — *Por una duquesa, señora,* me contestó sonriendo, *y si me permitís hacer vuestro conocimiento.....* — Yo no quise mostrarme demasiado severa, le dí mi nombre y autorización para verme al día siguiente á una

hora que sabía era libre. Fué exacto, desgraciadamente, Langlade, á quién creía ocupado este día fuera de París, volvió de improviso. Sabéis el resto puesto que os lo ha confesado.

—¿A qué hora Langlade volvió á encontraros?

—Serían las nueve.

—¿No os dijo al entrar, estas palabras: *He matado á tu amante?*

—Sí.

—¿Qué le contestasteis?

—Nada; aquella noche me hubiera matado como mató al otro; estaba dominado por una exaltación extraordinaria; no le he visto jamás tan terrible.

—¿Sus manos estarían, sin duda, manchadas de sangre?

—No, y me extrañó.

—Nada más sencillo, — dijo Vibert. — La sangre no sale instantáneamente de una herida, y Langlade huyó después de cometido el crimen. Después, ¿le habéis reprochado ese asesinato?

—No, no me he atrevido, — contestó *Soleil-Couchant*. — Ya os he dicho que siempre he temblado ante ese hombre.

—¿Recordaréis la fecha precisa de ese acontecimiento?

—A fines de octubre, ó á principios de noviembre.

—Os pido la fecha precisa.

—No la sé, señor.

—Sin embargo, es una época de vuestra vida.

—Sin duda, pero he vivido siempre sin ocuparme de los días del mes.

—¿No sabréis, por ventura, el nombre del hombre que recibisteis en vuestra casa?

—No pensé en preguntárselo.

—Describidme á ese joven lo mejor que podáis.

—Era de estatura mediana, os lo he dicho ya moreno, con bigotes muy finos.

Estefanía se paró, buscó en sus recuerdos y repuso al cabo de un instante :

—A fe mía que esto es todo; no recuerdo más; hace cerca de tres meses, y sólo le vi una vez.

—¿Creéis que fuese casado? — preguntó el agente de policía.

—Esto podría ser muy bien; no tenía aire muy seguro cuando entró en mi casa; parecía tener miedo de que lo vieran.

—¿Cómo vestía?

—Creo que con un sobretodo gris.

—En efecto; — dijo Vibert, — ¿ no tuvo ocasión de sacar algún objeto del bolsillo mientras estuvo en vuestra casa?

—Sí, sacó una cartera y quiso ofrecerme, dijo, un recuerdo, pero me negué á aceptarlo, no soy una mujer interesada.

—¿De qué color era?

—Me parece que rojo; si, rojo.

—Vamos, — se dijo el agente, — no hay lugar á dudas; son notas incompletas, pero precisas.

—¿Estáis satisfecho de lo que os he dicho? — preguntó tímidamente la joven tratando de aproximarse á Vibert.

—¿Satisfecho yo? — dijo éste bruscamente, — nada de eso. No estaba seguro que Langlade fuese

culpable de ese crimen; por el momento lo es... ¡El deber ante todo! — añadió suspirando.

Levantóse y dijo:

—Nada más tengo que preguntaros por el momento; mi visita ha terminado; adiós.

—¡Qué! ¿No os veré más?

—Puede ser; no sé nada.

Estefanía le rodeó con los brazos, sin que Vibert pudiera sustraerse á ello, y le dijo:

—¡Ah! ¡Volved, os lo ruego!

—¡Demonio de niña! — murmuró el agente de policía mirándola. — Si yo quisiera, sin embargo, sucedería á Langlade, tendría una querida... ¡yo, Vivert... esto valdría quizá más!

Tomó dulcemente los brazos de *Soleil-Couchant*, se deshizo de ellos y le dijo:

—Mi buena amiga, preparaos para recibir á vuestro querido Langlade. Antes de media hora se le conducirá á vuestra presencia.

Esta frase produjo sobre la tierna Estefanía el efecto de una gota de agua helada, y retrocedió exclamando:

—¿Me juráis que una verja nos separará?

—¡Te lo juro! Adiós, — dijo abriendo la puerta.

—Adiós, — exclamó ella tristemente.

Cuando hubo quedado sola en la celda, volvió como una niña á jugar con sus cabellos. De este modo se preparaba para ver á su amante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Dos vigilantes de la Conserjería condujeron á Langlade á la comunicación, en donde no se hallaba en aquel momento ninguna visita. Del modo como había sido convenido entre el agente de policía y el presidiario, se habían quitado á éste las esposas. En la apariencia, Langlade tenía su habitual tranquilidad; durante el trayecto de la celda al locutorio, paseó alrededor de sí miradas de indiferencia y contestó con calma á las preguntas que se le hicieron. Uno de los vigilantes, el más joven, dijo á su compañero, mostrándole el preso:

—Se le calumnia; es un corderillo.

—Será preciso verlo: bajo la ceniza hay fuego, — contestó el otro vigilante, antiguo empleado de los establecimientos penales y acostumbrado á toda clase de fingimientos en los hombres más enérgicos y violentos.

El antiguo guardián no se engañaba; la reacción venía á grandes pasos.

—¿Por qué puerta entrará? — preguntó de pronto Langlade, que estaba sentado en un rincón sobre uno de los bancos que había en la sala.

Se le mostró una puerta colocada al otro lado de